

tinental de América y la esfericidad de la tierra. Magallanes salió de San Lucar en Septiembre de 1519; en Diciembre llegaba al Brasil, doblaba el cabo que lleva el nombre de Magallanes en Octubre de 1520, y en Marzo de 1521 descubría las Marianas; murió poco después en una lucha obscura en las islas que descubría, y en Septiembre de ese mismo año, uno solo de sus buques, la *Victoria*, mandada por Elcano, volvía, doblando el Cabo de Buena Esperanza, á España; el *Mundo* estaba descubierto.

He aquí los resultados culminantes de esta serie de expediciones: *Por Castilla y por León, nuevo mundo halló Colón*, dice la inscripción célebre: la verdad es que el hallazgo era para la Europa entera y que, del otro lado del Atlántico, iban á surgir una España, un Portugal, una Inglaterra y una Francia nuevos; el comercio, como por ensalmo, pasaba, del Mediterráneo y los litorales de la Europa atlántica, á las gigantescas cuencas de tres Océanos, el Atlántico, el Pacífico y el Indico entre ambos; todo cambió por ende, *las rutas mercantiles fueron otras*, Marsella, Génova, Venecia, Alejandría, pasan á ser centros locales de segundo y tercer orden: Sevilla, Lisboa, Burdeos, Londres, Anvers, Hamburgo, suben al primer puesto; con el comercio, la navegación se transforma, las galeras se convierten en navíos, y nuevos instrumentos de observación náutica suplen las deficiencias de la brújula.—*Plantas nuevas*: el tabaco, el cacao, el maíz, la patata y otras medicinales; *nuevas frutas* afluyen á Europa y contribuyen á cambiar las condiciones de la vida, que una vasta revolución económica iba á perturbar en sus bases mismas. *Los españoles buscaban gomas y especias, encontraron oro y plata*; la cantidad de metales que bastaba á las necesidades monetarias de Europa se mantenía desde hacía tiempo estacionaria, más bien decrecía; en el siglo XVI, después del descubrimiento, *un río de plata y oro desemboca en España y pasa á los industriales europeos, porque España cesa de producir* (sus productos son *el aventurero y el fraile*) y baja el valor de la moneda de nueve décimos, y esta depreciación la pone al alcance de mayor número y *las clases productoras* comienzan á adueñarse más rápidamente del mundo. Pero *el resultado político inmediato* del descubrimiento de América fué la creación de una potencia europea de primer orden, España, que sin la Reforma, habría sometido al viejo mundo al régimen inquisitorial.—Estos hechos trastornaban las ideas; *la teología escolástica, que no había podido prever el mundo nuevo y que había combatido al descubridor, queda vencida para siempre en el espíritu como fuente de todo conocimiento; las ciencias de observación se constituyen y descubren también su mundo nuevo.*

4. *La Europa política durante el Renacimiento.*—Europa atravesaba, pues, una inmensa crisis en el Renacimiento, no sólo intelectual, sino económica, por los descubrimientos españoles y portugueses; pero esta crisis era también política por la concentración de las monarquías en la Europa occidental; por el irremediable desmembramiento germánico; por la imposibilidad de unificar á Italia, y por el avance del Islam en la península balcánica. Estudiemos en sus más culminantes detalles la parte política de esta situación con que la Edad Moderna se inaugura.

*Alemania.*—A la muerte de Segismundo, los señores feudales alemanes

dieron á su yerno Alberto de Austria la muy poco codiciable corona del Santo Imperio; así la casa de Habsburgo volvió á ser imperial y no volvió á dejar de serlo. A Alberto sucedió Federico III, que tuvo un reinado muy largo y que, aunque fué mucho más inteligente de lo que historiadores deficientemente informados nos han dicho, sí manifestó una singular apatía para lo que no era el engrandecimiento de su casa. Durante su gobierno pasó veintisiete años sin poner el pie en Alemania; intentó inútilmente apoderarse de las coronas de Hungría y Bohemia; madgyares y tcheques prefirieron dárselas á príncipes polacos, y cuando admitieron á un Habsburgo, fué al hijo de Alberto, á Ladislao, bajo la tutela de un guerrero notable y administrador eminente en Bohemia, *Jorge Podiebrad*, y de un capitán de primer orden en Hungría, *Juan Hunyadi*. Ya hemos visto como, á la muerte de Ladislao, Podiebrad fué aclamado rey de los bohemios, y de los húngaros el hijo de Hunyadi, el gran *Matías Corvino*.—Por fortuna para Federico, bohemios y húngaros, azuzados impíamente por Roma, lucharon encarnizadamente entre sí, aunque luego Corvino convirtió sus armas contra Austria transformada en archiducado y se adueñó de Viena hasta su muerte. Este rey húngaro, el vencedor de los tureos y de los austriacos, el administrador admirable, el ilustrado protector de las letras y las artes, el fundador de *la Corvina*, la más numerosa y selecta biblioteca del mundo, es el verdadero grande hombre en las comarcas danubianas, y no Federico III ni Maximiliano su hijo. Este joven archiduque, verdadero emperador, errante luego, había contraído matrimonio con María de Borgoña, hija de Carlos el Temerario, y aunque tuvo que ceder á Luis XI de Francia buena parte del patrimonio de su esposa (Borgoña y Picardía), se quedó con los Países Bajos, recobró el archiducado de Austria, se adueñó del Tirol y conservó el título honorario de rey de Hungría, porque Corvino no había dejado sucesión legítima: el poder territorial de la casa de Austria resultaba ya inmenso.—Maximiliano no fué nunca ni un general ni un político; pero fué profundamente simpático al pueblo por su apego á la tierra alemana, por su liberalidad, su carácter amable y ligero, hasta por sus proyectos imposibles y grandiosos y sus aventuras. Mucho intentó, nada consiguió: ni debelar á Francia, su enemiga; ni hacerse dueño de Italia, su codicia; ni coronarse en Roma, su derecho; ni sacar á Alemania de la anarquía, su deber. Alemania pensó remediar por sí misma sus males; nobles y ciudades formaban ligas; las había antiguas, como *la confederación helvética*, que sólo de nombre reconocía al Imperio, y en decadencia como *la liga hanseática*. Esta liga había sido la gran potencia marítima de los siglos XIV y XV; había dominado todo el comercio de Flandes, Inglaterra, el mar

del Norte, el Báltico y los países escandinavos; había constituido á sus agentes en una especie de orden monástico-mercantil; tenía flotas de guerra en los mares y plazas fuertes, que eran sus almacenes, en Rusia y Suecia; pero declinaba ya. El poder de los reinos escandinavos la limitaba al Este; los nuevos descubrimientos la quitaban su importancia; Londres, Anvers, nulificaban á Lubeck y Bremen; su agonía iba á ser secular.—La otra liga era la de Suabia, que tenía el objeto de asegurar *la paz perpetua* y era de fundación más reciente. Pues bien, unir todas esas potencias y formar una especie de confederación general bajo los auspicios del emperador, que debería tener su consejo de regencia, su consejo privado ó cámara áulica; dividir el imperio en *círculos* que enviaran sus representantes á una dieta periódica, tal fué el plan desarrollado en dietas sucesivas; unas veces parecía el emperador favorable, otras no; muy poco se hizo durante su reinado que concluyó en 1519.

*Inglaterra.*—Mientras el humanismo florecía en Inglaterra, el despotismo monárquico, iniciado por Eduardo IV y desenvuelto por el primero de los Tudors, se organizaba completamente bajo el segundo de éstos, Enrique VIII. Fruto de la alianza con España, en odio á Francia pactada por Enrique VII, había sido el matrimonio celebrado entre Arturo, muerto pronto, y Catarina de Aragón, que casó luego con Enrique VIII. Este enlace había de ser causa de hondísimas perturbaciones en la historia inglesa.—En virtud del principio de que *el rey nada injusto podía hacer, aunque quisiera*, puesto que podía, á su guisa, disponer de los bienes y la fortuna de sus súbditos, se operaba rápidamente una concentración vigorosa de toda autoridad en manos de la autoridad regia. La Iglesia, que era la única que hacía frente á la tiranía del monarca, se encontró desarmada porque se prohibieron las apelaciones á Roma, debiendo todas ir á manos del cardenal Wolsey, que era á un tiempo legado pontificio y primer ministro de Enrique VIII; *así se preparó la futura supremacía eclesiástica del rey.*—Las guerras que las alianzas con los enemigos de Francia hacían necesarias en el Continente, nada producían y sí aumentaban los impuestos, causa de incesantes revueltas en las poblaciones rurales. Para impedir las, Wolsey imaginó romper para siempre la unión con España, y comenzó á favorecer la idea del monarca, veleidoso y sensual, de divorciarse de Catarina de Aragón, de la que había tenido sucesión, pero siempre malograda. El cardenal quería que el repudio fuese por los medios religiosos; pero el Papa, bajo la influencia del rey de España, no accedió, y Enrique se decidió á obrar por autoridad propia, lo que trajo por consecuencia la caída de Wolsey, el matrimonio del rey con la perversa é infortunada Ana

de Boleyn y la separación ruidosa del monarca de la obediencia al pontífice romano (1530).

*Francia.*—Hemos dejado á Carlos VII triunfante al fin de los ingleses, organizar, gracias al ejército y al impuesto permanente, una Francia compacta y fuerte; mas si la victoria sobre el feudalismo político quedaba desde entonces asegurada, aún había la lucha de adquirir temporalmente gravísimo aspecto; provenía esto, ya lo dijimos, de que el patrimonio de los príncipes reales (*los apanages ó infantados* que decían los castellanos) se había dividido en sendos señoríos feudales. En tiempo de Luis XI, el vasallo más temible era el heredero de uno de estos *apanages*, el duque de Borgoña, Felipe el Bueno, verdadero rey flamenco, francés y alemán al mismo tiempo. Heredero de este príncipe era el conde de Charolais, más conocido en la historia con el nombre de *Carlos el Temerario*. Luis XI, el hijo y sucesor de Carlos VII, era un degenerado, probablemente un epiléptico, y avaro, astuto, cruel y supersticioso; pero hábil político é incapaz de desechar medio alguno que creyese útil á sus fines; en suma, uno de esos soberanos que pudieron servir de tipo á Macchiavelli para su famosa monografía del tirano, que llamó «El Príncipe»; su rival era el polo opuesto, arrebatado, espléndido, caballeresco é impulsivo; un loco, en realidad. Apenas Luis XI había tomado sus primeras medidas contra los abusos, una *liga*, dirigida por el Temerario, se formó contra él y tuvo que ceder. Espera, suscita á fuerza de oro rebeliones contra Carlos, ya duque de Borgoña (1467), y procede contra su propio hermano, á quien había dado, por la fuerza, el ducado de Normandía. Nueva liga: Luis se entrega á sus enemigos y pasa grandes humillaciones y contrae graves compromisos.—Una vez libre, falta á ellos autorizado por los Estados generales, y el país resiste con buen suceso á los borgoñones y Luis dicta la paz. Empeñado en hacerse declarar por el emperador de Alemania rey de Lotaringia, Carlos pone esta condición al matrimonio de su riquísima heredera María y del hijo pobretón del emperador Federico de Hapsburg, el caballero andante Maximiliano; se disgusta con su futuro consuegro y amenaza con una guerra en Alemania; poco después ataca á los suizos, que lo destrozan en dos tremendas batallas (Granson y Morat).—Vencido y frenético, Carlos el Temerario pierde la vida en Nancy (1477) y Luis se apresura á apoderarse de Borgoña, el Artois y el Franco Condado; ya había heredado el Anjou y Próvenza y había comprado á los aragoneses el Rosellón; Francia estaba casi completa: sólo el ducado de Bretaña quedaba en pie. A la muerte del rey Luis XI, en 1483, su hija Ana de Beaujeu quedó como regente durante la menor edad de Carlos VIII y fué prudente y hábil; casó á su hermano con la heredera de Bretaña,

prometida al ya viudo emperador Maximiliano.— Carlos VIII, heredero de los derechos de los Anjou á la corona de Nápoles, de que seguía adueñada una dinastía aragonesa, cometió la locura de querer hacerlos valer; devolvió una parte de las adquisiciones de su padre á los grandes magnates para ahorrarse enemigos, y llamado por muchos italianos y anunciado como un enviado de Dios para castigar á la voluptuosa y pagana Italia, por Savonarola, entró en la Península, se adueñó de ella, y ya soñaba ir á conquistar Constantinopla, cuando tuvo que volver á Francia rápidamente, obligado por la formación contra él de una liga de Venecia, Milán, el papa, el emperador y el rey de Aragón: Francia no conservó ni un palmo de tierra italiana. En 1498 se extinguió con Carlos la línea directa de los Valois y Luis de Valois Orleans subió al trono.— Este príncipe, excelente y paternal con sus súbditos, reincidió en la falta de entrometerse en los asuntos italianos, reivindicando contra Ludovico Sforza (El Moro), dueño del Milanesado, los derechos que había heredado de su abuela, una Visconti. Luis XII conquistó el Milanesado y se puso de acuerdo con Fernando el Católico para repartirse el reino de Nápoles; así se hizo, pero pronto los aliados entraron en lucha y los franceses perdieron á Nápoles, gracias al genio militar de Gonzalo de Córdoba, *el gran capitán*. Luego Luis tramó una liga contra Venecia y triunfó; pero el papa terrible y belicoso que se llamó Julio II, convirtió la liga contra el rey de Francia, que se vio amenazado por Fernando el Católico, el Emperador, Enrique VIII y los suizos. A pesar de las hazañas del malogrado Gastón de Foix, tuvo el rey que abandonar á Italia y que concentrarse en la defensa del territorio patrio.— En 1515 sube al trono un Valois Angulema, Francisco I, sobrino y yerno de Luis XII: era un excelente soldado, caballeresco, galante, poeta, y ambicioso por extremo de gloria y de poder. Francisco I tenía veinte años y se propuso reconquistar su ducado de Milán y su reino de Nápoles. Ser rey no era para aquellos hombres ejercer una función, sino disfrutar de una propiedad; por eso decían: mis reinos y mis señoríos. El nuevo señor francés inauguró su expedición brillantemente con una batalla en que venció á los suizos (Marrignano) y se hizo dueño del N. de Italia (1515). Poco después entra en la escena de la historia un nuevo emperador de Alemania, Carlos V.

*España*.— Fué una era nueva, sin duda, la inaugurada en España por el matrimonio de Isabel de Castilla y Fernando de Aragón, á quienes más tarde se dió el nombre de *reyes católicos*; las guerras intestinas acaudilladas por el rey de Portugal, que sostenía los derechos de la infeliz princesa, hija del último rey de Castilla (de su esposa por lo menos y á quien por su origen adalaterino probablemente supuesto, se había desposeído de su herencia relegán-

dola á Portugal con el despectivo nombre de *la Beltraneja*) guerras fomentadas por Luis XI de Francia, pusieron á prueba la constancia y el valor de los reyes que triunfaron después de largas y sangrientas campañas. Mas el prestigio del triunfo les permitió volver la seguridad al reino persiguiendo á los malhechores (nobles muchos de ellos que eran dueños de los caminos) por medio de las milicias especiales que se llamaron *la santa hermandad*. Aconsejados por los legistas, sometieron á los nobles á la ley común, hicieron reconocer por el papa los derechos ó *regalías de la corona* y fomentaron el comercio y las industrias.— Pensaron entonces en hacer un esfuerzo supremo para arrojar á los islamitas de España, destruyendo el reino de Granada; tras de largas campañas y después de un cerco apretado de la ciudad morisca, en que se señaló por sus proezas la nobleza de ambos reinos, Granada sucumbió en 1493, y *la reconquista, al cabo de setecientos ochenta y dos años, quedó consumada*. Tanta energía, tanta codicia, tanta fe se habían acumulado de generación en generación en el alma del pueblo español, que la conquista de América y la dominación del Mediterráneo, aniquilando el poder del Islam, eran empresas inferiores á su aliento; por desgracia ese pueblo y esa energía iban á servir de instrumento á la más grandiosa é irrealizable de las ambiciones.

Para España fué la reconquista *una perpetua cruzada, una guerra santa*, de modo que el triunfo convertía al pueblo español en *el soldado de Cristo, en un pueblo escogido*; el papel del clero tenía que ser importantísimo, y en el clero, el de las órdenes monásticas; la de los dominicos sostenía que, para mostrarse digna de su misión providencial, la nación debía procurar, á costa de cualquier sacrificio, *la unidad religiosa*; ese fué *el ideal* que persiguió España desde entonces al través de su esplendor, su decadencia y su ruina. Pero para realizarlo en el mundo, precisaba primero realizarlo en sí misma. El antiguo pueblo escogido, el pueblo hebreo, desde las épocas más remotas había fijado en España *las tiendas de la dispersión*; en tiempos de los godos, los concilios de Toledo (la Jerusalem española) persiguieron á los judíos; los árabes, de quienes fueron colaboradores, los toleraron, y en esa época el genio hebreo, en la teología, en la ciencia, en la poesía, floreció en España como no había florecido desde las épocas proféticas. Los reyes españoles hicieron de los judíos sus banqueros, sus tesoreros; éstos tenían nubes de agentes exatores que exacerbaban el odio, la envidia y la codicia del pueblo, que jamás toleró de buen grado la presencia y mucho menos el esplendor de esos judíos.— En el siglo XIV tomaron incremento las persecuciones populares; en el XV continuaron las de Barcelona y Valencia, en donde protegió á los hebreos con apostólico celo el elocuente Vicente Ferrer; en Sevilla la destrucción de las juderías y las matanzas fueron espantables; muchos se convertían para escapar de la muerte, y en secreto seguían practicando su religión, y llovían las denuncias; entonces los reyes, á instigación de algunos dominicos de Sicilia, dieron inusitado vigor á *la inquisición*, trabajosamente aclimatada

en parte de España, y pusieron á su frente, entre otros, al famoso Torquemada en Barcelona, fraile austero y cegado por el celo religioso; el tribunal, solemnemente sancionado por el papa, comenzó á funcionar con su procedimiento secreto basado en la delación; su medio principal de prueba era la usual de la tortura; la defensa de los acusados era punto menos que imposible; los autos de fe, seguidos de las penas de hoguera, confiscación ó reclusiones peores que la muerte, aplicadas por la autoridad civil, llegaron á ser frecuentes. El rigor fué inmenso; el incendio, digámoslo así, de la raza hebreo-española se consumaba sistemáticamente; el ser *converso* era ser sospechoso.— Por último, el año mismo del descubrimiento de América, fué pronunciado el decreto de expulsión: cerca de 170,000 judíos abandonaron á España, dejando sus bienes y marchando con estoica abnegación á la esclavitud en Portugal, á la muerte en África; la ciencia, el espíritu mercantil de los expulsos vitalizó á los Países Bajos, al imperio mahometano; en todas partes, hoy todavía, recuerdan con amor á España los hijos de los expulsos, y muchos hablan la rica y pintoresca lengua del siglo XV.— La unidad por la muerte estaba hecha; los reyes libertaron á los judíos de las matanzas populares; ¿tal fué su espíritu? Así se ha dicho; despojarlos de sus bienes, arruinar al comercio español, que apenas pudo galvanizar el descubrimiento del Nuevo Mundo, ésta fué la consecuencia histórica. Poco había de servir en estas condiciones su unidad religiosa al pueblo español; ni él ni la humanidad sacaron de ella provecho alguno (V. sin embargo, M. Pelayo, *Heterodojos*).

La noble y pura mujer, á quien los americanos profesamos devoción, porque vemos en ella la protectora del descubrimiento y la enemiga perseverante, si no siempre obedecida, de la esclavitud de los indios, murió en 1504. El esposo de Isabel, el astuto Fernando de Aragón, el verdadero *príncipe* de Maquiavelo, se encargó de la regencia por su hija Doña Juana, casada ya con Felipe el Hermoso, hijo del Emperador Maximiliano; pobre mujer histérica, cuya vesania erótica se desenvolvió por la mala conducta de su esposo, y que, declarada incapacitada para reinar, vió correr desde su encierro los reinados de su padre, de su marido, de su hijo y aun de su nieto; poco atendida, á veces maltratada por sus guardianes, fué probablemente loca, y seguramente mártir.— Felipe trajo á España á su mujer, resuelto á despojar á su suegro (ya vuelto á casar con Germana de Foix); sin la intervención de un franciscano de inmensa prudencia é inteligencia, de Ximénez de Cisneros, arzobispo de Toledo, un gran conflicto habría estallado en la familia. Fernando, abandonando á su yerno el gobierno de Castilla, se consagró á su reino de Aragón y á sus negocios de Nápoles, en donde había pérfidamente ayudado á los franceses á despojar del reino á su pariente Federico, para conquistarlo después por entero, gracias á la aguerrida é invencible infantería española y á su general Gonzalo de Córdoba, que por sus admirables campañas contra los franceses mereció ser apellidado el Gran Capitán.— Felipe el Hermoso

murió á consecuencia de sus desórdenes (1506), y D. Fernando tornó á encargarse de la gobernación del reino; poco después el cardenal Cisneros emprendió, á expensas del arzobispado de Toledo, la conquista del Mahgreb y se apoderó de Orán, recogiendo, como Gonzalo de Córdoba, la ingratitud del suspicaz y receloso monarca, en pago de tamaño servicio. Por mucho tiempo siguió el rey tomando parte en las cuestiones de Italia, ya del lado del papa (Julio II) y los franceses, contra Venecia (liga de Cambray); ya ligado con Venecia, y el papa contra Luis XII; cuando por influencia de Juan de Medici (León X) se sobreesayó en aquellas guerras, en que no siempre vencieron los españoles, resultaron los franceses despojados y D. Fernando dueño definitivo de Nápoles y Navarra. Murió este gran político de la escuela italiana, que no tuvo jamás escrúpulos para satisfacer su ambición y sí mucha inteligencia, en 1516, cuando ya Francisco I se había hecho dueño del Norte de Italia, después de Marignan.— Cisneros, encargado de la regencia por D. Carlos I y su madre Doña Juana, conjuntamente reyes, aunque la segunda sólo nominalmente, se consagró á arreglar el tesoro y el ejército, y murió poco después de haber llegado á España el futuro Carlos V, que ni siquiera quiso tener una entrevista con el que era un gran servidor, pero un austero y franco y patriota consejero.

*Italia.*— Ya lo hemos visto; Italia era el campo de batalla de la Europa occidental; las discordias civiles, los dramas políticos locales, las monstruosidades de los Sforzas en Milán, la vida fastuosa de los Medicis, el nepotismo desenfadado de algunos papas, los crímenes de los monarcas aragoneses, marchaban de frente con el Renacimiento, con la tentativa de constituir, en nombre del arte, un cristianismo pagano. No todos se prestaron á este designio: en el centro mismo de la revolución intelectual, en Florencia, surgió una ardiente protesta, la del dominico Savonarola, alma pura de primitivo cristiano y de profeta, que transformó, con sus prédicas elocuentes á la ciudad del arte, en la Jerusalem mística de Italia, en una república de hermanos consagrados á la penitencia, á la oración y á la libertad; nada más interesante, nada más insostenible que la tentativa del gran apóstol que representa ante la historia la libertad frente al elegante despotismo de los Medicis, y la virtud frente al pecado hecho carne en el papa Alejandro VI (Rodrigo Borja ó Borgia, como decían los italianos).— Este, que había obtenido la tiara, gracias á la más desvergonzada simonía, aprovechando una de esas veleidades de la multitud, que abandona á quien el día antes ha adorado, proporcionó en 1498 la palma del martirio á Savonarola, muerto en la hoguera.— La protesta de este fraile era un síntoma; el clamor inmenso contra la Iglesia transformada en poder mun-

dano por excelencia, tuvo eco en su voz; las hogueras de Huss y Savonarola marcaban las etapas primeras de la revolución religiosa.

Ya vimos á Carlos VIII recorrer triunfalmente la Península, recoger lo que él llamaba su patrimonio, como heredero de los Anjou de Nápoles, y luego retirarse precipitadamente; con Luis XII, su sucesor, hemos visto la ruina del refinado y pérfido Luis el Moro (Sforza), al Milanesado dominado por Francia, y luego las guerras entre franceses y españoles.—Alejandro VI, entretanto, había pretendido llevar á cabo un designio, caro á muchos italianos: formar un gran estado en el centro de la península, que convirtiera á los otros en satélites. El papa era algo mejor quizás que la infernal reputación que ha dejado; lo de los venenos y los incestos parece calumnia; su hija Lucrecia no era el tipo de perversión que nos pintan la crónica y el drama, aunque sí debilísima con su padre y su hermano. Este era el demonio de la familia; muy inteligente, muy perseverante, muy corrompido, César Borgia, el fratricida, era el ídolo y el amo de su padre; cardenal primero, general después, digno de que Maquiavelo le dedicase su *Príncipe*, logró, con los recursos del papa y los franceses, conquistar, sin pararse en crímenes, el centro de Italia, pero no para la Santa Sede, sino para sí, obligando á su padre á erigir los Estados Pontificios en ducado de Romaña.—Todo se derrumbó con la muerte de Alejandro VI. Julio II era un condottier de gran vuelo hecho papa; irascible y brutal, se empeñó en libertar á Italia de los bárbaros (así llamaba á los extranjeros) lanzando á los unos contra los otros, mientras él hacía expediciones para apoderarse de las ciudades insumisas, vestido con los arreos militares y apareciendo en la brecha. A este terrible papa siguió un Medici, León X; era el *Renacimiento* coronado con la triple corona. Hombre bondadoso, aunque capaz de ser cruel por miedo, como lo demostró la tortura, la muerte y el destierro de algunos de sus cardenales; de vida correcta, aunque adorador de los placeres artísticos, el protector de Rafael y de Bramante, hizo de su corte una maravilla de esplendor, de lujo estético; el centro de la inteligencia y del gusto. Mucho era lo que tenía que gastar, sobre todo, en concluir la fábrica de la nueva é inmensa basílica de San Pedro, y apeló á la cristiandad para que cubriera sus gastos, vendiendo por todas partes el perdón temporal de los pecados, *las indulgencias*; de aquí había de brotar la chispa de la revolución religiosa en Alemania. León X murió en 1521. Cuando tuvo noticia de la protesta de Lutero, dijo: «es una querrela de monjes.» Era un cisma irreparable.

## EUROPA Y LA RESURRECCION DEL IMPERIO.

(DE 1517 Á 1555.)

1. Carlos I, Rey de España; comunidades y germanías.—2. Carlos V, Emperador de Alemania; situación interior de sus dominios europeos. La conquista de América. Alemania y los preludios de la Reforma.—3. Las guerras con Francia y con el Islam. El Emperador y los protestantes. Abdicación y muerte.

1. *Carlos I, Rey de España; comunidades y germanías; la guerra civil.*—El Santo Imperio romano-germánico, institución eminentemente medioeval, por un concierto de circunstancias extraordinarias, resurge en pleno Renacimiento más vasto que el de Carlo Magno y con su séquito de reyes vencidos, de pueblos sometidos, de infieles domeñados, de papas reducidos á tutela. El jefe de este Imperio es un sacerdote-rey, como un Ottón ó un Enrique; es, á un tiempo, el jefe terrenal de la cristiandad y el jefe militar de Europa; mas todo eso era efímero y facticio; buena parte de la cristiandad se rebela contra sus jefes espirituales y terrenales y se emancipa de ellos para siempre; y Europa, mejor constituida, formada ya de nacionalidades concretas, nulifica las victorias imperiales y convierte en un sueño la supremacía del Santo Imperio; era que las condiciones sociales y políticas habían cambiado totalmente, y el ensayo infructuoso de Carlos V demuestra mejor que nada que la Edad Media había muerto.—Carlos vió la luz en Gante en 1500; destinado á heredar un poder gigantesco, nació de Felipe de Austria y Borgoña, hombre de placer y vanidad, y de una demente, Juana de Castilla, al primer albor de un siglo trágico y grande como ninguno, de un siglo que puede llamarse *genial*. La sangre de Carlos el Temerario, un desequilibrado, y de Maximiliano, un neurópata también, estaban neutralizadas en el joven Rey de España por la herencia materna de razón y de superioridad de espíritu, de D. Fernando y de Doña Isabel; pero le llegaba enturbiada por medio de Doña Juana la Loca. Así fué un hombre de inmensa ambición jamás satisfecha; de enormes designios, no pudo rematar uno sólo; cayó al fin, vencido por su tiempo, al que era inferior.—Su aparición primera en España produjo una triste sorpresa. Carlos no pidió nunca á su reino más que *cuentos de maravises* por mayor, soldados y marinos sin cesar, y alguno que otro político ó teólogo. Rodeado de flamencos ávidos, á quienes pretendió dar un papel importante en el Consejo y en las Cortes, la impresión causada en su reino fué malísima, como había sido indigno el comportamiento del joven monarca (tenía 17 años) con el eminente cardenal Cisneros. Así no le costó poco tra-